



Per

Alcides d' Orbigny:

Impresiones de su viaje por Bolivia (1830-1833)

El Altiplano

Atravesando este encumbrado llano, vine a encontrarme luego en la cima de la cadena del Chulluncayani. Al contemplar desde allí la dilatadísima extensión que se desplegaba ante mis ojos, y la tan grande variedad de objetos que las miradas alcanzaban a dominar a la vez, yo saboreaba un sentimiento de indefinible admiración. Es cierto que se descubren paisajes más pintorescos en los Pirineos y en los Alpes; pero nunca vi en estos un aspecto tan grandioso y de tanta majestad. El llano boliviano, que tiene más de treinta leguas de ancho, se dilataba a mis pies por derecha e izquierda hasta perderse de vista, ofreciendo tan sólo pequeñas cadenas paralelas, que parecían fluctuar como las ondulaciones del Océano sobre esta vastísima planicie, cuyo horizonte al noroeste y al sudeste no alcanzaba yo a descubrir, al paso que hacia el norte veía brillar; por encima de las colinas que lo circunscriben, algunos espacios de las cristallinas aguas del famoso lago de Titicaca, misteriosa cuna de los hijos del sol. De la otra parte de tan sublime de los Andes, encontrados en picos agudos, representando la figura exacta de una sierra.

Oruro

Cuando me acercaba a Oruro, me chocaron el aspecto miserable de esta ciudad y la gran cantidad de moradas en ruinas que allí se veían doquiera. Se la hubiera creído abandonada, a tal punto son allí raros los habitantes. En efecto, había pasado por dos calles bordeadas de edificios semidestruidos sin ver a nadie. Al fin encontré algunas casas habitadas y pude hallar un albergue. Uno no se asombra tanto de la decadencia de esta ciudad cuando conoce el motivo de su fundación, a cerca de 4.000 metros de altura sobre el nivel del mar, en una meseta fría en donde el viento sopla casi continuamente. La riqueza que una ciudad debe a sus recursos agrícolas o a su industria es permanente y tiende a aumentar siempre por las mejoras sucesivas que traen la experiencia y los nuevos descubrimientos. Semejante a la suerte en el juego, la riqueza que sólo proviene de la explotación de las minas es muy efímera. En efecto, en cuanto el suelo deja de producir extraordinariamente, la mayor miseria viene de inmediato a reemplazar a la opulencia. Comparada con Oruro, Cochabamba es una prueba palmaria de la verdad de este principio. Esta última ciudad, exclusivamente agrícola, era despreciada por los españoles porque no tenía minas de oro ni de plata; pero la escasa importancia que se le concedía, durante el esplendor de Oruro y de Potosí, no le impidió crecer día a día hasta convertirse en la ciudad más floreciente del país. Solamente la concupiscencia de los hombres podía desafiar todas las destemplanzas de ese suelo helado de las llanuras de Oruro y sugerirles la idea de fundar allí una ciudad. Esta prosperó mientras las minas produjeron grandes riquezas; pero así que la plata dejó de abundar, cayó para siempre en una profunda miseria.



Ernesto conoció a Nicola en Amberes un martes a la hora del crepúsculo, cerca de la catedral sitiada por turistas deseosos de conocer una catedral sitiada por turistas: él se dirigía a su apartamento después de clases de economía internacional cuando ella lo detuvo y le preguntó por el camino más corto para llegar a la casa de Rubens: él, al responder miró el rostro y encontró los grandes ojos grises y las cejas pobladas y no quiso separarse más de ella. Una charla breve lo enteró de que ella viajaba por Europa en tren y no tenía dónde dormir esa noche; después de explicarle que a esa hora Rubenshuis ya estaba cerrada, le ofreció un espacio en su living y mostrarle Amberes al día siguiente. Ella aceptó. Ese fue el inicio.

Esa noche, casi sin palabras y de una manera tan natural que terminaba por parecer exageradamente innatural, ambos se descubrieron atraídos el uno por el otro; después del primer beso, en la cocina después de una cena de tallarines y vino blanco, él quiso teorizar y llamar a lo que les sucedía amor a primera vista; ella se rió con un tono burlón y le pidió un pacto de silencio con respecto a definiciones acerca de lo que les ocurría. Dejemos hablar al viento, dijo, y a Ernesto le gustó la frase, la encontró muy original. Después dejaron hablar al viento. A las cuatro de la mañana, sólo el agotamiento físico logró hacerlos dormir.

El miércoles, el conocimiento que Incola logró de Amberes se redujo al departamento de Ernesto, del cual no salió hasta la noche, en que de manera intempestiva se levantó de la cama y decidió continuar viaje pese a los ruegos de Ernesto, el tren a Berlín

partía en una hora, balbuceó una promesa, supo si llorar o creerle, de la pronta despedida reticencia. No quiso darle su dirección o su nombre de la ciudad donde ella vivía, se colocó un ordenó sus escasas pertenencias, trató de susurrar una palabra, acaso recordando gran parte del cine, le dijo que la hora había pasado, ambos salieron.

En la estación hubo también la promesa de visitar cada ciudad que visitara Amberes; también la promesa de ir a la nueva Itaca, a los estudios y al presente se había a esperarla. El tiempo vez a sus pasajeros y buscar su rostro en los res en las ventanas y re desaparecía de la estación visita vívida de la imagen había encontrado yaciendo de Nicola.

Después vinieron, más días ausentes de terminaba su año de mayo, para luego reanar, si hasta esa fecha certeza de que no lo había repentinamente de su esfumado, su familia, su ciudad. Poco a poco dejó su departamento hacia las bares siempre allí una obsesión, lo sabía combatirla: ¿y si en un momento Nicola y sucedía el desmoronamiento de ese microcosmos de esos locutores que hablaban incomprendible, a lo que el mercado de la esquinera que deparaba, ominoso que en el anverso era una fuerza fascinante lograr que lo fuera, y su nombre y su dirección una línea más de ese compromiso, una frase más veces ¿Y cómo era todo, ella no había ido a postales.